



ISSN 2177-2940
(Online)
ISSN 1415-9945
(Impresso)

Tres visiones de la revolución mexicana desde la historiografía brasileña

<http://dx.doi.org/10.4025.dialogos.v22i2.44493>

Álvaro Vázquez Mantecón

Universidad Autónoma Metropolitana, UAM, México. E-mail: alvazman@gmail.com

Artigo recebido em: 06/09/2018 Aprovado em: 17/09/2018

En los años recientes se han realizado nuevos estudios sobre las relaciones políticas y culturales entre México y Brasil en el siglo XX. De ello dan buena cuenta los tres textos que conforman esta sección, que muestran cómo se está abordando desde la academia contemporánea la proyección de la imagen del México postrevolucionario en Brasil.

El trabajo de Natally Dias pone de relieve el esfuerzo propagandístico de los primeros gobiernos postrevolucionarios mexicanos en América Latina y concretamente en Brasil durante la primera mitad del siglo XX y su recepción por parte de los grupos de izquierda brasileña en aquel tiempo. Su investigación enfatiza el contexto en el que se situó el esfuerzo de los diplomáticos mexicanos, que trataban de oponer ante la idea de la revolución bolchevique soviética una imagen de una revolución más afín a la realidad latinoamericana. Por su parte, Carlos Alberto Barbosa estudia las relaciones entre el muralismo mexicano con Brasil, en un trabajo que se adentra en los caminos de cómo se construyó un imaginario cultural entre las dos naciones en la primera mitad del siglo XX. Por último, Regina Crespo presenta un análisis sobre cómo se construyó una narrativa desde los relatos autobiográficos de quienes participaron en la Revolución mexicana para entrar de lleno en el debate actual sobre la historia y la memoria.

Natally Días destaca cómo en el contexto de los años veinte el modelo propuesto por la revolución mexicana se enfrentó con el que proponía la Unión Soviética. En contra del radicalismo soviético, los mexicanos proponían una idea moderada de cambio social que procuraban hacer ver como más acorde con la naturaleza latinoamericana, punto de vista que llegan a compartir algunos de

los brasileños que difunden las ideas de la revolución mexicana. Quizá uno de los aspectos más relevantes del trabajo es la manera en la que destaca la recepción brasileña de ese esfuerzo propagandístico de la diplomacia mexicana.

El trabajo de Días pone de manifiesto el esfuerzo de la diplomacia mexicana de los años veinte por ubicarse en una posición clave en el contexto latinoamericano. Desarrolla el concepto de “autoctonismo continental”, es decir que estudia cómo los mexicanos difundieron y los brasileños se apropiaron de la idea de cambio social tomando la revolución mexicana como modelo. El papel de los constitucionalistas mexicanos (Isidro Fabela, Félix Palavicini) como promotores de los logros de la Constitución, que estaban empeñados en destacar el papel jugado por México como vanguardia del cambio social en América Latina durante los años veinte, de una manera muy parecida al que tendría la revolución cubana medio siglo después.

Por su parte Carlos Alberto Barbosa también aborda el diálogo entre los mexicanos y brasileños durante la primera mitad del siglo XX, pero además del intercambio de ideas, se concentra en el aspecto visual y cultural. Sigue de cerca la manera en que comenzaron a llegar imágenes sobre la revolución mexicana en la prensa brasileña, como un primer paso en la construcción de un imaginario visual, para después analizar el programa propagandístico realizado por la diplomacia mexicana en el contexto de las fiestas del centenario de la independencia del Brasil. En este punto los trabajos de Barbosa y Días comparten dos aspectos diferentes del mismo tema: si una aborda el aspecto ideológico, el otro se adentra en el terreno de la cultura y la visualidad. Barbosa continúa los trabajos realizados por Mauricio Tenorio Trillo sobre la imagen difundida por México en los pabellones de las ferias internacionales desde finales del siglo XIX para analizar en concreto la presencia de las políticas destinadas a la construcción de una imagen del pasado y futuro de la nación que en este caso estaban específicamente destinadas al público sudamericano. Por último, en un tercer escenario Barbosa analiza la difusión del muralismo mexicano y de los grabados del Taller de la Gráfica Popular (TGP) en Brasil. Demuestra con imágenes cómo se desarrolló el intercambio de ideas y la influencia de los artistas mexicanos en la cultura brasileña. También en este contexto, Barbosa estudia la presencia de los grabadores mexicanos asociados a la Escuela Mexicana de Pintura en la primera Bienal del Museo de Arte Moderno de São Paulo. Sería muy importante continuar los estudios sobre la presencia del arte mexicano en la Bienal en los años siguientes, en donde ante el impulso modernista latinoamericano la propuesta de un arte nacional y politizado realizada por los mexicanos comenzó a parecer anacrónica.

Por último, Regina Crespo realiza su trabajo desde una posición distinta, en la medida en que no se centra en el diálogo México-Brasil, sino que se centra en el análisis de cómo se conformaron

narrativas de la revolución mexicana en diversos escritos autobiográficos. El estudio es interesante porque indaga en la relación que se establece entre la memoria y la historia. A partir de su lectura queda claro que la memoria, entendida como estos relatos escritos en primera persona y con una fuerte carga subjetiva, es la primera fase de la construcción del discurso de la historia. En las autobiografías analizadas, escritas por diversos actores de la revolución mexicana, Crespo ubica los usos políticos del relato, fundamentales en un primer periodo en que la producción de un sentido de la revolución mexicana recayó en este tipo de escritos. Sólo hasta la década de los 50 (coincidente con la fundación del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, INEHRM, en 1953) comenzaron a publicarse estudios históricos que se proponían trascender la visión subjetiva del relato en primera persona.

El análisis de Crespo se adentra en la manera en que se construyen los relatos, dando un orden a los eventos y situaciones para crear una idea coherente de proceso histórico, y a la vez señala con perspicacia los silencios y las omisiones constitutivas de cada uno de ellos. Así, vemos en el caso de las autobiografías de Francisco I. Madero y Álvaro Obregón cómo la autobiografía es el paso que precede a la aventura política. Es interesante que el personaje se posiciona hacia el pasado, pero sobre todo hacia el futuro: cuenta quién fue porque aspira a un lugar en la política inmediata. Son parte de su campaña política. Otras veces, como es el caso de la biografía de Isidro Fabela, el autor esboza una genealogía revolucionaria casi perfecta que era prácticamente imposible en aquellos tiempos convulsos: maderista-antihuertista-carrancista. De manera muy similar a las crónicas de servicios escritos por los conquistadores españoles en el siglo XVI, el memorial escrito tiene un objetivo preciso: reclamar privilegios en el nuevo régimen. Por último, textos como el de Andrés Iduarte reclaman el derecho a la memoria de quienes fueron niños durante la revolución.

Así, estos los tres trabajos que el lector tiene ante sí se inscriben como parte de un interés renovado de la academia por el estudio de las relaciones entre México y Brasil en el siglo XX que Carlos Alberto Barbosa refiere al inicio de su texto. En su conjunto, estos tres artículos dan nuevas luces a la historia de la revolución mexicana. Por una parte, al poner de manifiesto su carácter narrativo, como hace Crespo al analizar los relatos autobiográficos, o bien al poner en el centro el tema de cómo se difundió en el exterior la imagen de una revolución que aspiró a ser un referente en América Latina durante la primera mitad del siglo XX.